

Comentario- Como el grano de trigo

Jesús se halla en la ciudad de Jerusalén acompañado por sus discípulos. Cerca de ellos hay personas de cultura griega que también desean ver al Maestro de Nazareth. Jesús no pierde ocasión para enseñarles el sentido de su misión, su muerte y resurrección. Hoy recurrirá a una imagen muy conocida en el mundo rural de Palestina: el grano de trigo que es sembrado en tierra para producir una abundante cosecha. Entre los que quieren ver a Jesús hay personas de cultura griega. Jesús les atiende porque su mensaje no es tan solo para los judíos, sino para personas de todas las culturas.

Aquellos paganos quizá ansiaban conocer al Jesús de los milagros, de las palabras consoladoras y de las manos que bendicen y curan. Y se encontraron con que Jesús se define a sí mismo como el grano de trigo que cae en tierra y muere para dar fruto abundante. Seguir a Jesús supone también esfuerzo y compromiso: «Quien quiera seguirme, tome su cruz cada día y sígame».

Sabías que... El trigo en Palestina

Galilea era rica en trigo y cebada. Hacia el siglo XIV a. C. el pueblo egipcio conquistó la fértil llanura de Jizreel (Galilea) para utilizarla como granero alternativo cuando la sequía azotaba Egipto y escaseaba allí la cosecha. El grano se almacenaba en graneros o en ánforas selladas. Parte de la cosecha era utilizada para la nueva siembra. Conocían el proceso mediante el cual un grano enterrado produce una nueva espiga. Los primeros cristianos expresaron con esta imagen la Muerte y resurrección.

Oración

Señor, queremos ser granos de trigo en la tierra, empeñados en ofrecer una buena cosecha.

Señor, ayúdanos a comprometernos sin excusas; sin palabras hipócritas; con honradez y verdad.

Hoy, ante Ti, compartimos la responsabilidad de ser mejores cada mañana, de ser más solidarios cada jornada, de ser chicos y chicas sinceros; constructores de una nueva humanidad.

COMUNIDAD DE SANTA CLARA SANTA KLARA KOMUNITATEA

Lectura del santo evangelio según san JUAN 12,20-33

En aquel tiempo entre los que habían venido a celebrar la Fiesta había algunos gentiles; estos, acercándose a Felipe, el de Betsaida de Galilea, le rogaban:—Señor, quisiéramos ver a Jesús. Felipe fue a decírselo a Andrés; y Andrés y Felipe fueron a decírselo a Jesús. Jesús les contestó: —Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del Hombre. Os aseguro, que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna. El que quiera servirme, que me siga y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre le premiará. Ahora mi alma está agitada y, ¿qué diré?: Padre, líbrame de esta hora. Pero si por esto he venido, para esta hora. Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo: —Lo he glorificado y volveré a glorificarlo. La gente que estaba allí y lo oyó decía que había sido un trueno; otros decían que le había hablado un ángel. Jesús tomó la palabra y dijo: —Esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros. Ahora va a ser juzgado el mundo; ahora el Príncipe de este mundo va a ser echado fuera. Y cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí. Esto lo decía dando a entender la muerte de que iba a morir.



Palabra del Señor

HOMILIA

Domingo de pasión

Estamos al final de la Cuaresma, en el domingo que, tradicionalmente, se llamaba «de Pasión». Sin embargo hoy queda incluido en el tiempo cuaresmal y, por tanto, con un carácter bautismal y de conversión como camino hacia la Pascua, por ello las lecturas de este domingo nos sitúan en un contexto pascual. Jeremías, en la primera lectura nos habla de una nueva Alianza, no como la primera, escrita en tablas de piedra, sino como nos dice el profeta: «Meteré mi ley en su pecho, la escribiré en sus corazones; yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo». Este anuncio de Jeremías se cumplirá en la cruz de Jesucristo que sellará con su sangre esta nueva Alianza.

Levantamiento de Jesús

Por ello, el evangelio nos explica el sentido de la cruz de Cristo en este contexto pascual. Comienza presentando a unos griegos que han venido a la «fiesta» y la fiesta por excelencia es la Pascua y son los griegos los que quieren ver a Jesús, por eso esta Pascua no va a estar restringida al pueblo de Israel sino abierta a todos los pueblos, nos dice el Señor, al final del evangelio: «Y cuando yo sea elevado sobre la tierra atraeré a todos hacia mí». En la Resurrección Jesús se ha manifestado como resurrección y vida, ahora se nos dice que cuando sea exaltado, levantado en la cruz y levantado en la resurrección atraerá a todos los hombres hacia sí para darles vida.

Tentación de Jesús

Esta exaltación de Jesús supondrá la glorificación del Hijo del Hombre, Jesús va hacia el Padre a través de la cruz y esto le hace vacilar, siente la misma agonía que en Getsemaní: «Padre líbrame de esta hora», Jesús es, nos decía la carta a los hebreos, el que «a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte» pero una vez más resiste a la tentación y pide que se haga la voluntad del Padre. Esta voluntad del Padre va a ser el establecimiento de la nueva Pascua, de la nueva Alianza anunciada por Jeremías, pero esta vez no estará sellada con sangre de animales sino con la sangre de Cristo, el «Cordero de Dios que quita el pecado del mundo».

Compromiso

Por eso la muerte de Cristo es el camino para llegar a la vida y nos dice que solo a través de la muerte se produce el fruto, la muerte de Cristo es la muerte del grano de trigo que se destruye para dar fruto, si recordamos el evangelio de san Marcos, el Hijo del Hombre tiene que morir, tiene que dar su vida en rescate por muchos. Y el fruto que da la muerte de Jesús es la vida eterna. Por eso, nosotros que hemos sido incorporados a este Misterio en el bautismo también tendremos que dar la vida, día a día, por los demás para dar frutos de vida eterna.

El ENCUENTRO nos descubre el sentido de LA CRUZ

MOTIVACIÓN

Nos morimos. Irremediablemente nos morimos. Con todo nuestro yo acuestas, nos morimos. Ha llegado la hora. Como le llegaba la hora a Jesús. Se le acercaba lenta pero firme e inapelablemente. Sufrimos. Nadie nos quita de encima el sufrimiento: el físico, el moral, el psicológico o el espiritual. Pero lo rechazamos porque lo nuestro no es el morir ni el sufrir. Estamos hechos para la vida y para la felicidad. Por eso no pueden engañarnos esas antiguas espiritualidades del dolor: desde ese “dejar el postre” por sacrificio en Cuaresma hasta la disciplina o el cilicio de una cierta vida ascética... Dios no ama el dolor ni el sufrimiento ni la muerte. No. Dice la Escritura: «Dios no hizo la muerte ni se alegra con la destrucción de los vivientes. Él lo creó todo para que subsistiera: las criaturas del mundo son saludables, no hay en ellas veneno de muerte...» (Sab 1,13)

A pesar de todo, no podemos disimular el dolor, el sufrimiento, la muerte. La vemos a diario en las noticias y telediarios. Pero huimos de ella porque no sabemos darle ningún sentido si estamos hechos para la vida y la felicidad. ¿Cómo asumir esta realidad inevitable? ¿Con una inútil rebeldía? ¿Con un frío estoicismo? ¿Con un olvido inconsciente? ¿O debemos tomar “el toro por los cuernos” de nuestro ser finito y limitado, y mirarle de frente al sufrimiento para vencerle de algún modo?

El Encuentro con Jesús nos descubre el sentido del dolor, la enfermedad o la muerte. «Si el grano de trigo no muere...». La muerte de Jesús, la cruz, es ante todo una “entrega”: «Nadie me quita la vida, yo la doy voluntariamente» (Jn 10,18). El “por vosotros” es el sentido de la cruz y de la muerte como un morir de amor..., de desgaste, de donación de vida. Se trata de “gastar” la vida en entrega y amor. No una pasividad amarga y resignada, sino un paso adelante para vencer a la muerte con la vida: con la entrega de la vida.